

se hace y lo que no se hace, lo que está bien decir y lo que no puede decirse, con más fuerza compulsiva que una ley, decreto u ordenanza de gobierno. Acaso en momentos de intenso y profundo reajuste social se hacen inciertas las normas del lenguaje, como todas las otras normas, dándose oportunidad así a una relajación de las que antes eran tenidas por buenas maneras idiomáticas.

## LENGUAJE Y DESINTEGRACIÓN SOCIAL

Cuando los antiguos gramáticos procuraron establecer las pautas del buen decir para nuestra lengua apelaron al modelo del hablar cortesano, esto es, a los usos refinados de un grupo social provisto del prestigio que confiere el poder, la riqueza, la educación y las demás ventajas de una situación privilegiada. Ese modelo era obvio en el siglo XVI, y aquellos gramáticos aplicaban a la realidad histórica de su tiempo lo que cualquier sociólogo formularía hoy en términos abstractos: que las costumbres—y, dentro de ellas, las costumbres lingüísticas—se fundan y mantienen mediante el común consenso, y que normalmente están apoyadas en la autoridad—autoridad moral, es decir, de prestigio—de ciertos modelos reconocidos, a los que se desea imitar para, identificándose con ellos, participar del prestigio que su posición social eminente les confiere.

En las sociedades democráticas estos modelos generalmente reconocidos suelen ser, en cuanto al lenguaje se refiere, los buenos escritores y oradores cuya autoridad literaria acata la opinión pública. Por lo demás, en estas sociedades complejas concurren grupos distintos que presentan fisonomía propia, y entre los cuales se produce una diversificación del lenguaje, matizada todavía según situaciones concretas. Lo que en una velada académica es correcto y obligado, puede sonar pedantesco en un ambiente doméstico o amistoso, mientras que el lenguaje de la intimidad resultaría impropio de una sesión parlamentaria o de una reunión científica. Habrá un lenguaje rústico y un lenguaje urbano; se hablará de diferente manera entre hombres que en sociedad con las mujeres; etcétera. Y claro está que todas las variedades de lenguaje oscilan, son flexibles, acomodaticias, y están sujetas a continuas modificaciones, de acuerdo con los cambios que la sociedad experimenta.

A lo largo de la historia, los modos o modas lingüísticos toman a veces un giro sorprendente. Así, por ejemplo, no se ha escapado a los ojos de algunos observadores el hecho de que en la España del siglo XVIII, el siglo en que se funda la Real Academia de la Lengua y se constituyen las Sociedades de Amigos del País, en la época de la Ilustración, se

pone en boga entre la aristocracia el imitar las costumbres, el traje y, por supuesto, el habla del bajo pueblo de las ciudades (no del pueblo campesino, conservador y tradicionalista, sino de la plebe arrabalera). Muchas páginas serían necesarias para dilucidar este curioso fenómeno en la historia de nuestra cultura, y quizá las conclusiones no fueran nunca demasiado convincentes. Interesa tan sólo registrarlo aquí, porque, en cierta medida, puede iluminar lo que actualmente está ocurriendo con nuestro idioma; y quizá no sólo con el nuestro, pues parecería tener hoy universal alcance aquello que, en el caso aludido, pudo ser una transitoria aberración de la vida española.

Lo que está ocurriendo ahora en el mundo entero es no el intencionado rebajamiento (un rebajamiento estilizado, podríamos decir) de una aristocracia ociosa al plano de los gustos más vulgares, sino el abandono general de las distinciones y matices en una sociedad nivelada cuyas estructuras se disuelven en la masa. Hemos entrado en la fase histórica de la democracia integral, una democracia que no consiste en la igualdad de oportunidades dentro de un conjunto dinámico, sino en la igualación de todos por el rasero más bajo. Para mostrarlo con un ejemplo relativo a las cuestiones del idioma, observemos cómo una vez incorporada la mujer a las actividades reservadas antes al sexo masculino su lenguaje se ha homologado con el de los hombres. Ya no hay expresiones «impropias de una dama» o cosas que «una señorita no puede decir», lo cual está muy bien; pero el resultado de esta franquicia ha sido que las llamadas «malas palabras» se han hecho patrimonio común de ambos sexos, y el lenguaje cuartelero o prostibulario se oye ahora en todas las bocas y para todas las ocasiones. Se registra, pues, aquí una degradación del idioma.

En otro aspecto—y ello comprueba lo dicho acerca de la nivelación por el más bajo rasero—, ese mismo lenguaje soez, que siempre existió, pero que se mantenía reducido a determinadas situaciones y que jamás tenía acceso a la conversación decente, ni mucho menos a la letra impresa, inunda hoy libros y periódicos hasta el punto de que apenas hay escritor que no ponga su firma ilustre a una retahíla de groserías, suciedades y obscenidades, haciendo alarde de maneras verbales broncas, como los muchachos de la escuela que quieren hombrear. Al adquirir estado público y curso corriente, ese tipo de expresiones ha perdido su eficacia de choque. Empleadas primero en literatura para representar determinadas situaciones y ambientes sociales, su uso estaba amparado por las cautelas y sutilezas del arte. Usadas por todos a toda hora y de todas las maneras, a las palabras «fuertes» se les ha gastado su fuerza. Los dichos atrevidos que podían escandalizar en boca femenina ya no le chocan a nadie: los oye uno como quien oye llover. Léidos en cada

página del periódico, pronto dejan de llamar la atención y, a lo sumo, provocan en el lector aburrimiento o asco.

Es éste un deterioro del lenguaje de tipo muy distinto al que supuestamente producen los barbarismos, pero en cierto modo proviene de la misma fuente: del rápido y profundo cambio social de nuestro tiempo.

## LA LENGUA QUE HABLAMOS

La desmedida irrupción de palabras extranjeras en nuestro idioma, y la degradación del lenguaje mediante el ingreso de las expresiones más vulgares en la esfera de la publicidad—barbarismos y barbaridades—son manifestación ambas cosas de la general permisibilidad que caracteriza a la sociedad contemporánea en esta fase histórica de intensa y veloz transformación. Es por eso un fenómeno lingüístico no peculiar de nuestro mundo hispanoparlante, pues en mayor o menor medida afecta a todos los pueblos del planeta.

Entre nosotros, ha dado lugar a un habla—la lengua que hoy hablamos—donde curiosamente se mezclan y combinan palabras inglesas, no siempre bien aplicadas ni bien pronunciadas, con las palabras más o menos castizas del propio idioma castellano que antes de ahora tenían sólo una circulación restringida, semiclandestina y como vergonzante, pero que ahora ya han adquirido el derecho a aparecer y mostrarse en público, tanto de viva voz como en letra impresa.

De estas últimas no he de ofrecer aquí una muestra, ya que ello sería tanto como incurrir por mi parte en algo que me parece censurable, aireando términos sucios o groseros. De la multitud de anglicismos, el catálogo podría ser interminable. Seleccionemos, por ejemplo, la palabra «suspense», usada así, sin caer en la cuenta de que «suspensión» tenía ya en el español del Siglo de Oro el mismo significado que el vocablo inglés que hoy se adopta; o la palabra «spray», mal pronunciada; o «coctél» y «güisquí», adaptadas a la ortografía castellana; u otras como «estocaje», que provienen de la jerga económica...

Pues por sí esa mezcla de anglicismos y vulgarismos no bastara a dislocar el idioma, todavía hay que añadir otro importante elemento de deterioro: el empleo continuo de comodines verbales extraídos de las ciencias económicas, sociológicas y psicológicas a través de traducciones poco felices, y divulgados por la prensa hasta entrar por fin en el campo de la conversación corriente. Así, no es raro—al contrario: demasiado frecuente—oír expresiones como «a nivel de» (todo es «a nivel de»); sustantivos como «parámetro» o «autorrealización»; adjetivos como

«operativo» u «operacional», «homologable», y otros por el estilo; verbos como «diseccionar», «concomitar», «concienciar»... Y qué no decir del freudismo popular con sus saldos de complejos, frustraciones, transferencias y demás bisutería terminológica.

Todo esto, mezclado, revuelto y confundido, le presta al habla corriente un aire sainetesco que hace difícil distinguir su realidad de lo que podría ser su propia caricatura maliciosa en intencionadas dislocaciones. Sin embargo, no me parece que esté justificada la excesiva consternación de algunos puristas, pues los idiomas son capaces, cuando la comunidad que los habla posee vitalidad suficiente, de absorber las más indigestas sustancias, asimilando unas y eliminando pronto otras. En la historia de nuestra lengua española ha habido ejemplos de este proceso, y el considerarlos debe tranquilizar a quienes hoy se inquietan demasiado por el deterioro que sufre actualmente.

De dichos ejemplos históricos, el más conocido es quizá el del culteranismo en el siglo XVII, cuando se puso de moda entre los literatos y, en seguida, entre los grupos sociales que aspiraban a ser distinguidos el empleo de latinismos tanto en la construcción gramatical como en el vocabulario. A propósito de esta boga hubo polémicas muy fuertes, una verdadera guerra poética con ataques enconados, burlas crueles y sátiras feroces. Incluso Lope de Vega escribió una comedia, *La dama boba*, donde se burla de las mujeres empeñadas en seguir el estilo «culto», la que llamaría Quevedo «la culta latiniparla». Se hicieron catálogos de los latinismos entonces más corrientes, para ponerlos en ridículo. Y el lector actual se asombra de que muchos de esos censurados latinismos, objeto de mofa en aquel tiempo, sean ahora palabras totalmente incorporadas al idioma corriente, sin que para nada se destaquen ni a nadie le llamen la atención dentro de lo que hoy se habla y escribe. En cambio, otros muchos de esos términos han desaparecido por completo. Y esto hace prever lo que ocurrirá con los que en nuestros días extrañan y son objeto de censura o burla: en parte se integrarán hasta hacerse normales, y en parte serán eliminados por los mecanismos propios del uso y del desuso. Lo cual tendrá efecto en virtud de las preferencias selectivas de la comunidad hablante, pues no hay autoridad establecida que pueda controlar la evolución de la lengua, sometida, sí, a influencias varias según las instancias de prestigio reconocidas por ella, pero no a dictados autoritarios.

Por eso es razonable que la Academia de la Lengua Española haya adoptado criterios de mayor laxitud que los tradicionales. La función de las academias, como la de los museos, no es dirigir, sino que es más bien una función conservadora, limitada a registrar los hechos creativos y, fuera de eso, poco más que a ofrecer sugerencias discretas.